LA CANCION LITERARIA, COMO FORMA EXPRESIVA

Manuel del Águila Ortega

El folclore como ciencia, es una identificación, una interpretación, un modo de hacer antropología, y el folclorista no puede nunca ser un redicho de buena memoria; un sabidillo de tipismos y reliquias populares, sino un contenedor, un archivero de aquellos que recogieron y estudiaron tradiciones, modismos, maneras y formas expresivas de cualquiera de los aspectos de la cultura popular; un poseedor del saber colectivo, abierto siempre a cualquier innovación expresiva de la propia idiosincrasia. Tendrá pues, la bella y difícil misión de estudiar todo lo relacionado con la creación y trasmisión de unas manifestaciones culturales, generalmente de autores desconocidos, porque el pueblo fue y será siempre pródigo y desinteresado y, por tanto, cambiante, pero no podrá olvidar ni postergar a aquellos autores, a través de los cuales se han reflejado épocas y situaciones. Un arte cambiante, repetimos, que, en definitiva, no hace más que interpretar, ágil y libremente, la existencia.

Ha existido y existe, - no lo negamos -, un abandono y cierto menosprecio hacia la cultura popular y las razones son, y lo fueron, más en tiempos pasados, las estructuras de clases, nacidas de los intereses contrapuestos entre la aristocracia y la burguesía terrateniente y las clases trabajadoras; básicamente fueron los jornaleros y campesinos, fuente viva de los brotes chispeantes proveedores de ella, y naturalmente motivo básico para no mostrarles ningún interés.

Los intelectuales, salvo excepciones, la han seguido más de cerca, pero sin ahondar, y buena prueba es la falta de revistas especializadas e incluso de artículos de etnografía, cultura campesina, vida rural o cultura popular, en un amplio horizonte, en revistas editadas o subvencionadas por los organismos públicos.

No podemos decir que haya habido, exactamente una permanencia de omisión total, porque existió la *Biblioteca de Tradiciones Populares*, a finales del Siglo XIX y revistas como *Bética* y *Andalucía*, ya en el siglo XX, y, en ella, se recogieron cuentos, leyendas, cantes, costumbres, proverbios, adivinanzas, conocimientos sobre medicina, botánica, agricultura, ceremonias, fiestas, juegos, mitos, etc..., "elementos constitutivos del *saber* y del *idioma*, indispensables para el conocimiento de la historia y de la cultura española", según Machado y Alvarez.

Frecuentemente ocurre que una palabra o expresión, poseedora de firme raíz etimológica, va perdiendo, - pocas veces ganado-, su primitivo sentido, deshaciéndose, a veces, en una semántica demasiado permisiva, hasta anularlo e incluso falsearlo: esto ha ocurrido con la palabra FOLKLORE, (aunque ella, además no lo tiene).

ACTAS XXXV (AEPE). Manuel DEL ÁGUÍLA ORTEGA. LA CANCIÓN LITERARIA, COMO FORMA EXPRESIVA
Centro Virtual Cervantes

Si FOLCLORE, según Machado y Alvarez "demófilo", auténtico iniciador, en profundidad, de este concepto "significa no solo *saber*, sino *saber antiguo, saber tradicional, saber*; que ha adquirido la pátina de los tiempos". Estamos muy lejos, ahora, de su clara definición, y, desde sus inicios, pretende ser exactamente la ciencia que estudia el *saber* o *cultura popular.*

Conviene ya pues, hacer una separación categórica de lo que es CULTURA POPULAR y el término exótico FOLKLORE, porque esta palabra que, en principio, tenía un sentido enaltecedor de los valores típicos y tradicionales, ante el conglomerado de manifestaciones pseudo artísticas y ante tantos participantes y defensores de ellas, está totalmente desacreditado.

Quienes se llaman o anuncian como folclóricos, son generalmente cantantes o *cantaores*; que no cantan o que, olvidando las limpias raíces de lo eminentemente popular, nos cuentan historias dramáticas de celos u abandonos, en cuatro estrofas y un repetido estribillo; o bailan entre exageradas contorsiones y exahustivos zapateados; o recitan rengloneando y gritando culebrones comprimidos, con el mismo tono, el mismo brío y la misma monotonía, desde el principio hasta el fin: Entre todos, y sálvense los poquísimos que puedan, porque un buen número de ellos han desviado, y al final, viciado el buen gusto, de una manera perfectamente comprobable.

Se impone pues una reflexión para mantener la necesidad de que sea una ciencia empírica; exaustiva, por interrelaciones entre sus distintos aspectos, que diferencien también, las distintas disciplinas y que, a su vez las conecten.

El concepto de *cultura popular* expresa el conjunto ordenado, sistematizado de creencias, comportamiento y manifestaciones artísticas, características del pueblo llano, pero el adjetivo *popular* no supone, en absoluto, la negación, ni siquiera, el apartamiento de lo *culto.* Por el contrario ha de existir, entre ambos, una interrelación de influencia mutua y simultánea: ambos existen en la sociedad y ambos poseen formas comunes, aunque claramente diferenciadas. El estudio de lo popular, como algo separado de lo culto no tendría proyección, porque lo popular no surge independientemente, sino que brota dentro de un ambiente social determinado.

Los fenómenos culturales y sociales son realizaciones absolutamente inseparables, e incomprensibles, si no concebimos a sus creadores, aunque permanezcan en el anónimo. Se deben a hombres o mujeres que viven o han vivido en tal sitio o tal época y, a tal efecto; tan motivo realizador es un gesto, como lo son las palabras, las ideologías, las danzas, la vivienda, la economía, la indumentaria, la alfarería o el herraje artístico, ponemos por casos. Todos ellos son expresiones de peculiares modos de vida, de percepción y de concepción de un amplio mundo o de un recogido entorno.

Por eso mismo, los fenómenos culturales son difícilmente inteligibles si se prescinde del contexto, si se olvida o se aparta la forma de sentir, de vivir, lo que años de convivencia social o permanencia urbana y de influencia geográfica han concentrado en lo que llamamos *identidad*, porque la región, la comarca o el pueblo, que une a veces, también establece fronteras determinantes y deferenciadoras. Y, en España, un río, una sierra y hasta un largo llano, es un motivo diferenciador del acento, de la gastronomía, de la danza o incluso del comportamiento. Y aquí, en la provincia en acento, ritmos y formas expresivas se da claramente.

Debemos pues, definir y ajustar lo que entendemos por popular y también por tradicional, pero recordando que uno penetra siempre en el otro y, a veces, parece que lo anula, pero su finalidad es ser arte colectivo que se convierta en código de entendimiento y de identidad.

Permítanme citar algo eminentemente personal, pero esa propia circunstancia vivida por mí mismo, la hace más emocional y vibrante en el recuerdo.

Hace dos años, e invitado por unos amigos, pasé unas semanas en Noruega. Una noche en el café "des Arts" de Bergen, una bellísima ciudad situada en un *fiordo* de leyenda, me pidieron que

ACTAS XXXV (AEPE). Manuel DEL ÁGUÍLA ORTEGA. LA CANCIÓN LITERARIA, COMO FORMA EXPRESIVA
Centro Virtual Cervantes

tocara música española en un piano que allí había; estos civilizado países nórdicos conservan el buen gusto de tener un piano de cola, presidiendo un rincón. Toqué *La Danza del molinero* de Falla y dos canciones populares armonizadas por García Lorca: *El Vito y El Zorongo.* Cuando terminé, un matrimonio andaluz que trabajaba allí vino a felicitarme, profundamente emocionado. Volví varias veces porque el ambiente era encantador y acabaron mis amigos y un buen número de clientes cantando a coro el *"Si vas pa la mar"* con buen ritmo – y naturalmente un pésimo acento -, porque las expresiones musicales o poéticas nacidas del pueblo desarrolladas y limpiadas de vulgaridades tienen una bellísima fuerza rememorativa.

Aparte y dentro de la pseudometafísica que entraña todos estos conceptos y siguiendo el magisterio de Menéndez Pidal (Romancero Hispánico de 1955) diremos que lo *tradicional* viene a ser lo *popular*, pasado por el crisol del tiempo, cernido ya de sus vulgaridades, lo que casi supondría una cultura de élite, que pertenecería a la clase elevada, y otra del pueblo, como dos compartimentos estancos, pero no es así; existe una cultura intermedia, que actúa de nexo, de acervo y de crisol, que es la que debe mantener el exacto punto, entre la chispa brillante y espontánea del pueblo y la puesta a punto, - no el pulimiento, ni el retoque -, de ese bello fulgor genésico.

Hay que descargar las espaldas de ese fardo de vulgaridades falsamente artísticas; poner una sordina, a esa insolente matraca que supone la monotonía de frases, sin gracia y sin ingenio, repetidas, como un hipo, hasta la saciedad, sobre el martillo pilón de una batería mal golpeada.

Quizás haya países sin tradición, para los que *esto* sea su punto de apoyo artístico, pero España, junto a Rusia, es el país que más amplio y bello acervo popular posee.

Aireémoslo, por favor, y abramos nuestras ventanas para que entre señoreado.

Muy pocos, - poquísimos diría yo -, hay que puedan compararse al pueblo español, en naturales condiciones, para la creación artística. Difícil será encontrar mayor potencia creadora; más originalidad y emoción y, sobre todo tan copiosa diversidad y riqueza de matices.

La situación geográfica; su diversa topografía, la sucesión de razas y etnias que la han ocupado, con sus avatares históricos, originan una singular predisposición, para que le brote un caudal de inagotable riqueza artística, en todos los aspectos. Y puesto que el tema así lo impone, nos referiremos, tan solo al arte musical y concretamente a la canción popular.

La canción popular en España, es decir lo que constituye el *"folklore"* musical, tiene un valor inmenso, por sus infinitos matices, sus variedades, la pluralidad de sus géneros, de sus ritmos, de sus cadencias y de sus melodías, siempre con un particular hilo unitivo, armónico, que nunca desaparece.

La esencia del canto popular, consiste en la ingenuidad de expresión y en la plenitud de las más sencilla forma, imaginativa, como todo arte, al que da vida la belleza y expresión directa de la emoción artística, claramente movido esto, por la falta de refinamiento educativo del pueblo, que es crédulo y sencillo ante lo que le impresiona, pero siempre niño. Por ello, tiene un sentido más gracioso; más inocente, más puro... sobrepasando la sabiduría adquirida en los libros, pero con la profundidad que da la convivencia con la naturaleza.

Ningún dato ni documento, puede darnos una más clara sensación del sentir de una región que sus propias canciones.

Estudiando detenidamente el folclore musical de otros países, es fácil advertir un aspecto propio, al que parecen unirse sus variedades, pero en España no; entre una canción de las Provincias Vascongadas o de Galicia y otras de Andalucía, existe un abismo diferencial, difícil de comprender y, sin embargo, son indiscutiblemente españolas.

Y esta marcada diferenciación, esta visible variedad, no se observa, tan solo, entre los cantes de regiones distantes en el mapa, sino que existen en la misma región y, uno de los más típicos, es el de

ACTAS XXXV (AEPE). Manuel DEL ÁGUÍLA ORTEGA. LA CANCIÓN LITERARIA, COMO FORMA EXPRESIVA
Centro Virtual Cervantes

Andalucía, donde, junto a una música popular, alegre, ligera y chispeante, que parece un brote del propio carácter anímico, existe, diametralmente opuesto, el *"cante jondo"*, sobrio, profundo, atormentado y desgarrador.

Y, dentro de esa maravillosa diversidad, Almería, esquina oriental de la Región, que se devana por el poniente de Granada, se une por Levante, ampliamente a Murcia y se incrusta, por su espolón de Los Vélez, casi en Castilla, recibe influencias y devuelve originalidades y maravillosos contrastes. Y sintámonos satisfechos, sin avergonzarnos de nuestros localismos, porque son ellos, unos más otros, los que forman el conglomerado que nos caracteriza.

ACTAS XXXV (AEPE). Manuel DEL ÁGUÍLA ORTEGA. LA CANCIÓN LITERARIA, COMO FORMA EXPRESIVA
Centro Virtual Cervantes